

R. Á. García Lozano, *El tiempo purgante*, Valladolid, Editorial Azul, 2016, 62 pp. (III Premio Internacional de Poesía “Treceiembre”)

Los poemarios iniciáticos suelen correr una suerte azarosa. O incierta. Quizá porque no hay reglas, ni dos ni cuatro, contra algunas adversidades o malandanzas. Muchos aparecen y, lo que son las cosas, no ven la luz clara. En ningún escaparate. Como si fuesen descatalogados nada más asomar la portada. Existe una crítica que solo se fija, qué va a hacer, en nombres asentados o editoriales recomendadas. No arriesga. Es verdad que no puede estar en todo. Por eso, de vez en cuando, hay que rescatar libros (porque los libros también tienen memoria) que, aún galardonados y con eco en auditorios, tuvieron un recorrido como de paso sigiloso. Por eso, a veces, hay que recuperar títulos. Es el caso, por ejemplo, de *El tiempo purgante*, de Rafael Ángel García Lozano, reconocido con el III Premio Treceiembre, de Valladolid, en 2016.

García Lozano (Zamora, 1979), doctor en Historia del Arte, licenciado en Teología y en Estudios Eclesiásticos, profesor de Filosofía en bachillerato, es un docente culto. Porque en eso hay de todo, como en la botica. Como en la clerecía, el periodismo o la judicatura. Domina distintos saberes a ciencia cierta, a conciencia. Contempla el estudio –aprender y reflexionar para ir más allá: en la bonanza y en la adversidad– como una oportunidad. Ahí sigue al humanista Erasmo al pie de la letra: “En el estudio no existe la saciedad”. Y era poeta inédito hasta hace casi nada (pocos años, contados), si bien había publicado algunos versos en revistas minoritarias en papel y había ofrecido algún recital lejos de su ciudad. “El tiempo...”. ¿Purgante? No, no es por eso. La elección es clara: por la expresa sonoridad del término y la contundencia del concepto. El tiempo depura, filtra, aclara. Cambia la percepción y la certidumbre sobre las cosas y sus murmullos.

El libro consta de una veintena de poemas y se acerca a los quinientos versos. Es una lírica reflexiva, traspasada de sosiego, en un tono intimista, que nace de la meditación, la que deviene tras la viva observación y su decantado análisis. Alguna vez aparece insinuado el existencialismo. Nada de juegos pirotécnicos, tan aparatosos y tan vacuos. Con frecuencia, el poeta arranca con una imagen más o menos realista, que crece y crece para alcanzar un simbolismo que emociona y trasciende... Una imagen real o un hecho cotidiano sirven. Parte de allí (los motivos que presenta la materialidad, a la que busca conocer sin máscaras y con ojo crítico) para venir a parar aquí (su proyección metafórica). Su lírica responde a momentos, contemplaciones, estados de ánimo, visiones, cuestionamientos. Así, inicia el libro conversando con el silencio, que tan buena compañía hace en algunas situaciones. Y concluye poniendo la mirada en el silencio acompañado, que marca “el ritmo / del latido” de otros “ojos”, según escribe. Porque la mirada también palpita en sus reflejos.

El discurso poético en *El tiempo purgante* no es unitario. Por dos motivos. El primero: los poemas fueron escritos entre 2001 y 2015. Transcurren 15 años. Imposible la unidad, con periodos personales de formación y de madurez intelectual. El segundo: porque no se trata de tomar un camino de dirección única, y así hasta el final, sino de tener capacidad para mirar a uno y otro lado, ver cómo la claridad viene de Arriba o asciende desde la Tierra, detenerse a observar la vida con sus duelos y celebraciones, proseguir la aventura hasta el horizonte lejano. Ahí, por vez primera, el poeta apela a la exclamación, que es entusiasmo. Idealismo. Quizá porque defiende, como Claudio Rodríguez, la inocencia que ve la maldad, pero no renuncia a la misericordia, aunque la tribu, qué menos, se sonría con maliciosa satisfacción... El canto del poeta, desde la humildad, abre ventanas y estancias para que entren el aire y la luz, otras voces y ensimismamientos.

Hay elementos que nutren vivamente la lírica del zamorano, como son el silencio enriquecedor –como ya se ha advertido–, el tiempo que nos consume sin piedad, el agua que lava las heridas interiores, lo elegíaco sin efectismos antiguos, la desafección hacia las falsas imágenes... Tampoco pasemos por alto un hecho perceptible en su poemario. Cuando el cántico se hace elegía, cuando adquiere ese tono literario y ético, se produce una singularidad: no se evoca lo perdido o poseído, sino lo conocido o descubierto por propia mano o por propia contemplación.

Existe un escondido componente idealista, cierto, en su concepción de la sociedad. Su obra lírica no es ajena a ello. Pero el poeta sabe que el idealismo proyecta, a veces, una alargada sombra: el desencanto. Y lo tiene en cuenta. Para ponerle bridas. *El tiempo purgante*, titula su obra. A lo mejor hay un tiempo triunfante, y de mucho ruido, a la espera de alcanzar cualquier cielo. Acaso hay un tiempo militante, y de mucha bandería y trinchera. Pero seguro que hay un tiempo purgante, o clarificador, o desvelador, o aclarador, como ese que vuelve la mirada, crítica y condescendiente a la vez, sobre nosotros mismos, sobre nuestra mismidad en los otros. Es el reflejado por Rafael Ángel García Lozano. Y lo hace con un lenguaje limpio y un ritmo sostenido, acorde con la voz personal.

El poeta –fan de Pessoa, el luso de los heterónimos, por su hondura, sus juegos lingüísticos, su estética, sus sugerencias– considera que vivimos en una sociedad alocada, o gritadora, que tiene miedo al silencio, que no es una celda sino una posada. O le da escaso valor. Y él, sin embargo, busca y defiende los silencios, ese estado que ayuda a la reflexión interior. Como contrapartida, también gusta de la palabra que provoca eso mismo: la reflexión contrastada. Además, García Lozano pone verdadera pasión (quiero decir, algo parecido a un fervor laico) en lo que hace. Para él, no hay medias tintas. Deja esa función para los acomodaticios, para los ladinos, para los vividores de larga tradición... Y todo eso, créase, es un peligro en las tierras fronterizas con el nadar y guardar la ropa, donde el caso es no comprometerse por si acaso, tener cuidado a ver si se derivan consecuencias; es un peligro en las tierras donde casi siempre se han puesto fieltos al pensamiento que va por libre. Y ya se imaginan lo que es ir por libre, con fe en la ética práctica, en algunos burgos y sus aledaños. O alzar la voz ante

la injusticia... Mismamente, la espiritualidad transubstanciada en espectáculo. Ya se sabe lo que puede esperarse: quedar expuesto a la amenaza de la intemperie.

Éste es el hombre –luchador, y perfeccionista con manías, y activo, y constante en su afán– que nos ofrece este puñado de palabras sentidas de verdad, de emociones no fingidas. Porque otra de las funciones de la poesía es iluminar la vida, el universo sin paredes. *El tiempo purgante*, aunque iniciático, ya fija posiciones y establece signos. Ya se dibuja una concepción del mundo, porque el poeta también se propone explicar el mundo. Ya avanza lo que vendrá después: *Poemas del hastío*, donde se asoma al borde de la dolorosa decepción, y respira otro aire. Entonces no hay mansedumbre ante las heridas.

Jesús Hernández